

Ramon Arnabat Mata, *Asociaos y seréis fuertes. Sociabilidades, modernizaciones y ciudadanías en España, 1860-1930*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2019, 500 pp.

*Asociaos y seréis fuertes* es una notoria obra que en la que se recopila y analiza un prolijo conjunto de datos relativos al surgimiento y la expansión del fenómeno societario en España entre 1860 y 1930, aspirando a abarcar todas las dimensiones de este fenómeno. En ella, Ramon Arnabat Mata demuestra ser un meticuloso investigador del polifacético movimiento asociativo español durante dicho periodo. Dada la minuciosidad de la información recogida y presentada a través de un número ingente de gráficos, tablas y mapas, pienso que este trabajo está llamado a convertirse en un referente esencial para futuras investigaciones sobre la creación de asociaciones y sus vínculos con diversas corrientes y movimientos políticos y sociales. Pues Arnabat ha logrado compendiar en él buena parte de las fuentes conocidas para examinar el proceso de conformación y extensión de identidades políticas en los sectores populares de la población.

Apadrinada por Josep Fontana (prologuista) y Jean-Louis Guereña (autor del prefacio), quizá el valor principal de *Asociaos* es que el autor ha presentado solventemente en ella una información clave que hasta entonces se hallaba desperdigada entre las numerosas obras sobre la historia de las asociaciones, la movilización política y, sobre todo, la sociabilidad popular. Arnabat hace gala de un amplio conocimiento de las fuentes primarias de carácter oficial y de buena parte de las fuentes secundarias existentes. Con ambas, ha compuesto una imagen muy precisa del desarrollo de las asociaciones que cimienta muchas de las tesis expuestas desde hace años en la literatura académica. Sin duda, en esta labor ha sabido aprovechar su participación en del grupo de investigación consolidado ISOCAC en la Universidad Rovira i Virgili, el cual viene elaborando la *Base de Dades de de l'Associacionisme Català Contemporani, 1870-1980*.

Por otro lado, algunas características y bases de este interesante libro pueden estimular la reflexión sobre asuntos, a mi entender, problemáticos que también se rastrean en otros trabajos de investigación histórica sobre sociabilidad. Estas cuestiones son potenciales objetos de discusión y análisis para la comunidad académica, si bien, que yo sepa, no suelen ser tratados en

la mayoría de los trabajos existentes. Con los argumentos que expongo al final de esta reseña pretendo llamar la atención de dicha comunidad para abordar el debate sobre tales asuntos.

Voy a comenzar destacando algunos de los numerosos aspectos útiles que Arnabat ha incluido en su libro. No soy un especialista en historia de la sociabilidad, pero, como muchos otros colegas historiadores, investigo fenómenos de movilización colectiva, como el movimiento obrero y el republicanismo, que se nutren y benefician de la alta calidad de numerosas aportaciones recientes de los historiadores de la sociabilidad en España. Estos trabajos han proporcionado un conocimiento crucial que ha impactado en la manera en que se perciben y estudian estos fenómenos por los historiadores actuales. Dichas investigaciones han contribuido a fijar los términos en los que se percibe y piensa el denominado “proceso de modernización”, entendiéndolo como un fenómeno que afectó e interactuó de maneras complejas con las clases altas y populares y que provocó resultados diversos y, a veces, contradictorios. Precisamente, movilización política y social y modernización, así como sus imbricaciones mutuas, constituyen el objeto esencial de análisis de Arnabat en este volumen (como expone explícitamente en la p. 31).

*Asociaos* reúne un amplísimo elenco de datos cuyo conocimiento resulta imprescindible para cualquier especialista que se ocupe de los asuntos mencionados más arriba. De hecho, puede considerarse una guía para la investigación porque suministra una información crucial tanto de las variadas fuentes oficiales disponibles como del tipo de tratamiento analítico que puede hacerse sobre los datos que estas ofrecen. El autor no se ha centrado exclusivamente en la información sobre las asociaciones populares urbanas y rurales de todo tipo, como las recreativas, culturales, de ayuda mutua, sindicales, cooperativas, religiosas, científicas y “de mujeres” (aunque dejando de lado las de carácter político como los partidos). Para entender mejor el impacto que tuvo el fenómeno societario en las clases populares, Arnabat además ha cruzado la información de las asociaciones con datos sobre la sociabilidad informal, incluyendo espacios y actividades de ocio como las que se dieron en tabernas, cafés, billares, teatros y plazas de toros. Asimismo, ha tenido en cuenta otros factores típicamente relacionados con el proceso de modernización, es decir: los cambios económicos y demográficos; el analfabetismo y la escolarización; el desarrollo de la prensa; los conflictos laborales; la movilización política en los periodos electorales, etcétera. Junto a todo ello, el autor ha explorado las repercusiones del marco político y jurídico en el desarrollo de las asociaciones.

Arnabat ha organizado estos múltiples temas interrelacionados en tres partes a lo largo de las más de cuatrocientas páginas de su obra. La primera está dedicada al “mundo asociativo” en general (39-260). La segunda pone el proceso de modernización en relación con las asociaciones (261-384). La tercera se centra en la vinculación entre tipos de asociaciones y la construcción de diversas identidades y movimientos ciudadanos (385-410). Entre las tres, puede decirse que Arnabat logra su objetivo, o sea, mostrar que el asociacionismo, los espacios de sociabilidad y la acción social fueron clave para la configuración de una ‘identidad colectiva’ (creencias comunes, red de relaciones sociales, recursos propios...) que favoreció unos procesos de interpretación, de atribución y de construcción social de significados compartidos. Identidad que dio coherencia a los individuos, a los grupos y al movimiento, que generó un interés común y que justificó la acción y la movilización colectiva (408).

Además, debe destacarse que la obra muestra que el asociacionismo no solo fue un fenómeno urbano. Su amplia extensión por el campo pone en entredicho cualquier resquicio que pueda quedar de la imagen del “retraso agrario” en el proceso modernizador en España. Asimismo, el autor ha ilustrado la manera en que el asociacionismo no fue empleado únicamente por las corrientes políticas de izquierda para movilizar a la población. Los grupos políticos conservadores y la Iglesia también recurrieron a ella para impulsar sus perspectivas entre las clases populares. Sin embargo, Arnabat no llega a estudiar en detalle en qué medida este fenómeno forma parte del proceso modernizador y de creación de ciudadanía(s), algo él acaba identificando con los grupos de izquierda y republicanos (387).

A pesar de estas evidentes cualidades, hay algunos asuntos relevantes en esta obra que merecen examinarse con detenimiento porque afectan al análisis presentado o a las bases de este. Como he indicado, *Asocioas* parte de la recopilación y el estudio de fuentes oficiales y, cuando es posible, de las propias organizaciones investigadas. Como es sabido, estas fuentes pueden aportar (y de hecho aportan) una cantidad ingente de valiosa información. Pero el sesgo de las autoridades y su (in)capacidad para recopilar datos pueden suponer problemas serios que limitan severamente el alcance de algunas conclusiones. De la misma manera, algunas asociaciones y federaciones obreras, especialmente las de carácter sindical y que operaron en la semi-clandestinidad, ofrecen información sobre los trabajadores afiliados que a veces es difícilmente verificable. Debería dejarse constancia de estas dificultades, algo que no siempre ocurre en este trabajo. Por ejemplo, es posible que la Federación Regional Española de la AIT llegara a los cincuenta mil afiliados en 1873 (169), aunque no hay forma de aseverarlo con certeza —ni tampoco estimar el grado de fluctuación temporal de esta afiliación, que parece haber sido muy elevado—. Tampoco puede que sea buena idea dar por válidos los datos de afiliación ofrecidos por los propios trabajadores de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) en la década de 1880 sin alertar al lector de las dificultades de su comprobación (169-170).

Esta cuestión constituye una excepción fácilmente subsanable y no afecta notablemente a las conclusiones más importantes del trabajo. Lo que no resulta tan claro es que este trabajo aporte dar una solución satisfactoria a algunos de los problemas de índole explicativa formulados de manera implícita y, a veces, explícita. Voy a centrarme en algunos de estos asuntos en las escasas líneas que restan,.

Empiezo con un problema de precisión analítica. Por la información que proporciona, pienso que Arnabat ha identificado con claridad la interacción entre el asociacionismo, la difusión de movimientos políticos de carácter diverso, la aparición de nuevo sujetos (él destaca especialmente las diversas identidades “ciudadanas”), la consolidación de la sociedad civil y de un estado de opinión pública crítica y, en suma, el desarrollo del proceso “modernizador”. Sin embargo, a veces hay un cierto desequilibrio entre la contundencia de algunas afirmaciones generales y las matizaciones que se incluyen en otros lugares o que se desprenden de la observación de los datos ofrecidos.

Así, en el libro se afirma (408-409) que hay una correlación intensa entre densidad asociativa, modernización económica (industrialización y crecimiento del sector servicios), cultural (alfabetización y actividades diversas) y política (propagación de la prensa, elección de representantes políticos —diputados— republicanos y socialistas). Pero también se constata que dicha

relación no se dio en todo momento ni en todos los sitios de la misma manera, dado que hubo lugares en los que la densidad asociativa pareció desempeñar un papel menos relevante. Por ejemplo, durante el Sexenio Democrático hubo muchos representantes republicanos electos en Murcia y Extremadura, regiones con densidades asociativas bajas (381). Asimismo, hubo zonas donde la densidad asociativa fue alta, aunque no generó resultados asociados a la conformación de las “identidades ciudadanas” liberales y progresistas propias del republicanismo de las que Arnabat se ocupa especialmente. Son los casos de Baleares, La Rioja y Cantabria durante la Restauración (383). El autor señala estas peculiaridades, pero no las explica, quizá relegando esta labor a otros estudios de carácter local (399).

El resultado de esta forma de proceder es que, aunque se puedan discernir tendencias generales, no se entiende cómo operan en cada lugar concreto. Y esto afecta al peso que se pretende atribuir al papel desempeñado por el movimiento societario. ¿En qué medida puede afirmarse que las asociaciones fueron decisivas en la movilización electoral de las clases populares en ciertas regiones y, al mismo tiempo, documentar que no lo fue tanto en otras zonas? Responder a preguntas como esta permitiría comprender mejor la importancia real del asociacionismo en los procesos examinados.

Con ello no estoy afirmando que las asociaciones no hayan desempeñado un papel clave en dicha movilización. Al contrario, creo que fueron un elemento esencial, aunque esto *ya lo sabíamos* antes de la publicación de esta obra. Arnabat ha proporcionado más evidencias que apuntalan esta tesis, pero no es quien la ha formulado. El asunto relevante que ha aportado es la constatación de que en algunas regiones el asociacionismo pudo no ser tan relevante para la “modernización” como se había pensado. Esto es lo que debería tratarse desde una perspectiva comparativa verdaderamente explicativa.

De manera similar, en otras partes de la obra se encuentran aseveraciones que requieren de una explicación que no solo no se aborda, sino que a veces se desdeña rápidamente. Por ejemplo, Arnabat muestra que la densidad asociativa regional en los años estudiados fue claramente superior en Cataluña seguida por Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra, La Rioja, Valencia y Baleares (248-250). Extrañamente, aquí no incluye a Madrid, otra región de alta densidad (aunque sí lo hace en otros lugares). A continuación, subraya que los índices más altos se constataron en los territorios de la antigua corona de Aragón y del antiguo reino de Navarra. Tras indicar que las regiones con menor densidad son las comprendidas en la antigua corona de Castilla (si bien Cantabria y Madrid estaban dentro de dicha corona), el autor resuelve la explicación de esta disparidad con una escueta exclamación: “¡la historia cuenta! [sic]” (251). Es decir: que ante unas diferencias que el análisis comparativo ha tornado evidentes, Arnabat alude sin más a “la historia” como factor explicativo. Parece obvio que esta cuestión merecía un tratamiento distinto.

Pasando al último asunto, a mi juicio el principal problema que puede plantear esta obra radica en el propio concepto de “sociabilidad” tal como ha sido y es usado en ella y por la mayor parte de los historiadores. Como escribí más arriba, los estudios sobre sociabilidad nos han permitido acceder a una información crucial acerca de las relaciones entabladas entre grupos sociales y organizaciones; relaciones que son o pueden ser cruciales a la hora de explicar la movilización popular, la respuesta ante las medidas políticas implementadas, etcétera. No obstante, a veces da la impresión de que se obvian u olvidan los orígenes históricos de este

concepto cuando se afirma, como hace Arnabat (siguiendo a Maurice Agulhon y otros), que la sociabilidad es un elemento “universal” inherente a todos los seres humanos (22-23, 387). Pero la sociabilidad es un concepto que se forja, se transforma y se maneja desde el siglo XIX, y que Agulhon y otros han retomado y enriquecido más tarde para aplicarlo a la investigación. De hecho, las propias citas que se encuentran en *Asociaos* —por ejemplo, las de Ildefonso Cerdà que hablaba de los “irresistibles instintos de sociabilidad del hombre” a mediados del siglo XIX (27-28)— ponen de relieve esta circunstancia.

Si con esto último el autor quiere decir que todos los seres humanos vivimos en comunidades, aunque estas se definan y rijan por concepciones y reglas diferentes, no tengo nada que objetar. No obstante, el concepto de sociabilidad no es meramente descriptivo, pues incorpora un significado histórico muy particular sobre lo que es “sociable”. Como se reconoce con mucha claridad en *Asociaos*, dicho concepto emerge de la noción de “lo social” o “sociedad” que surge en el mundo occidental a lo largo del siglo XIX. Esta última noción implicó la definición de las comunidades humanas de acuerdo a unos supuestos subyacentes propios de nuestra visión actual sobre las personas y sus relaciones, los cuales tendemos a extrapolar, a veces de manera anacrónica, a otros grupos humanos (actuales o del pasado). El resultado de esto es que tendemos a universalizar el “sujeto social/sociable” occidental y moderno y el carácter de sus relaciones, perdiendo por el camino las diferencias, a veces radicales, que definen a las diversas comunidades.

Este asunto puede parecer irrelevante teniendo en cuenta que *Asociaos* se centra en España, que forma parte plenamente del mundo occidental en el que la noción de sociedad surgió y tuvo un impacto directo. Pero quizá permita entender por qué una obra tan ambiciosa y exhaustiva como esta no explica en ningún momento cómo se pasaría de un tipo de “sociabilidad” a otro. Las asociaciones surgieron, en buena medida, porque las personas que las crearon en el siglo XIX empezaron a percibirse a sí mismas como individuos libres e iguales que podían unirse entre sí para crear tales organizaciones. ¿Qué pasaba antes? ¿Cuál era el tipo de vínculo que se tejía en comunidades anteriores donde no existían los sujetos “individuales” y las personas se adscribían a corporaciones y estamentos? ¿Cómo se produjo la transición de un sujeto a otro, que comportó el abandono de formas de organización anteriores (hermandades, gremios, cofradías) y la aparición de otras nuevas (asociaciones de individuos libres e iguales)?

Desde mi perspectiva, esta dimensión significativa es la cuestión crucial. Si no se examina, no puede entenderse por qué surgieron las asociaciones en toda su variedad, o por qué en algunas zonas se desarrollan antes o con más intensidad que en otras. Sin ella tampoco puede profundizarse acerca de lo que comportó el proceso “modernizador”, concepto resbaladizo que se define y trata en *Asociaos* de una manera muy formal.

Para analizar este proceso de cambio esencial en la definición de los sujetos, sus intereses y sus experiencias, y de paso aportar algo novedoso en este campo de estudios, no basta con hacer una “historia social del mundo asociativo” (37), por muy necesaria que esta sea. Es preciso afrontar con mayor profundidad las implicaciones significativas que conllevó la participación en una organización basada en la idea de que los sujetos son “individuos iguales y libres” dotados de derechos “naturales”, entre ellos el de asociarse. Si no se explica esto, no se entenderán los múltiples cambios que Arnabat ha señalado en su obra.

A fin de cuentas, parece lógico (y no pretendo poner esto en entredicho) que el fortalecimiento de movimientos como el republicano o el sindical tuvo mucho que ver con el encuadramiento societario de numerosos trabajadores. Pero hay pocos trabajos que demuestren esta tesis a través de un análisis microhistórico. ¿En que medida o de qué maneras concretas los trabajadores que se afiliaban a los sindicatos, por ejemplo, empezaban realmente a operar con categorías nuevas (derechos, libertades, etcétera) que los redefinían como sujetos y los llevaban a relegar o cambiar su “sociabilidad” previa? Y ¿de qué manera estas nociones clave sobre la asociación afectaron a instituciones y corrientes políticas que adoptaron posturas críticas con los principios modernos-liberales, pero que recurrieron a las asociaciones para movilizar a las clases populares, como la Iglesia, el carlismo, etcétera? Aquí puede haber un vacío que deberíamos aspirar a llenar en futuras investigaciones. Si no lo hacemos, seguiremos dando cuenta de este fenómeno recurriendo a lógicas explicativas muy generales o vagas que se han revelado problemáticas en las últimas décadas, como la de la “lucha de clases” —cuya lógica se expone en *Asocioos* en las pocas veces en las que el autor intenta ofrecer un marco explicativo más profundo (317)—.

En esta breve reseña no puedo extenderme más en estos asuntos. En cualquier caso, me gustaría terminar destacando que el trabajo de Arnabat está llamada a convertirse en una obra de referencia clave para los futuros estudios sobre asociacionismo y sociabilidad formal en España. Los problemas que he expuesto no empañan la alta calidad del trabajo realizado. Suponen, más bien, una puerta abierta para construir nuevo conocimiento histórico sobre la sociabilidad por vías aún poco exploradas, así como una oportunidad para reflexionar sobre los supuestos teóricos que subyacen a los estudios de sociabilidad y que, a veces, pasan desapercibidos.

Jesús de Felipe  
(Universidad Autónoma de Madrid)